

se mueve, es el paisaje montaños de siempre. A quien haya leído otros libros de Pereda, no es preciso decirle cómo están descritos Valdecines y Perojales, y también es casi supérfluo repetir que la obra es un tesoro de lengua, no con afectada y mecánica corrección, sino con toda la riqueza, gala, armonía y color del habla de nuestra Montaña, pasada por el tamiz de un gusto privilegiado, aunque amante siempre de lo más espontáneo y de lo más rústico.

*De tal palo tal astilla* es, hasta el presente, la única tentativa de Pereda en el campo de la novela *tendenciosa*. Como si hubiera querido desagruar á los críticos amantes del arte puro y desinteresado, escribió inmediatamente otro libro, de los que no prueban nada ni van á ninguna parte sino á hacer sentir y gozar. Posible será que, apoyados en esto mismo, y volviendo por pasiva sus antiguas censuras, le nieguen algunos alcance y trascendencia, y hasta le disputen el título de novela. Cuestión de nombres, propia de retóricos ociosos. ¿A qué buscar más enseñanza ni más trascendencia en un libro, que deja al fin la impresión de salud robusta, de frescura patriarcal y de

primitivos afectos que deja en el alma *El sabor de la tierruca*? Y en cuanto al nombre, el autor no le ha dado ninguno. Novela es, aunque sencilla, y llámese así ó de otro modo, no dejará de ser un libro excelente. Novelas muy celebradas hay que no tienen más acción; algunas ni tanta.

Sea como quiera, la novela es aquí un pretexto para que aparezca en acción la vida rústica de nuestra comarca. La obra es un poema idílico, género de literatura que puede decirse propio de nuestro siglo, y que ha producido en Alemania, en América y en Provenza (1) tres obras superiores, del todo ajenas al amanerado convencionalismo de la bucólica antigua. Pereda había ensayado este género, aunque en prosa, pero siempre como episodio de sus novelas políticas ó morales, ó bien en cuadros cortos, v. gr., el del 4 de Octubre. Hoy le cultiva de frente, y hay trozos en su libro, como el de la lucha de los dos pueblos rivales, ó el de la entrada del ganado en las mieses, que parece que están reclamando el antiguo

(1) *Herman y Dorotea*, *Evangelina* y *Mirya*. También Jorge Sand dejó preciosos ejemplares de este género, aunque un tanto idealistas, en *La Mare au Diable*, *La Petite Fadette*, etc., etc.

y largo metro épico, solemne y familiar á la vez.

El interés, cualquiera que él sea, de las domésticas disensiones entre el irascible D. Juan de Prezanes y su vecino, pesa é importa poco ante el alarde de fuerza muscular de los nuevos Entellos y Dares, ante el empuje del ábrego desatado, ó ante la nube de polvo que levantan novillos y terneras.

No le pese al insigne novelista montañés ser más feliz en lo segundo que en lo primero. Lo uno es más fácil, y es campo abierto á todos; lo otro es para pocos, y quien lo alcanza se acerca á las primitivas y sagradas fuentes de la poesía humana, crecida y arrullada con los halagos de la madre naturaleza; y con verlo todo más sencillo, lo ve más próximo á su raíz, más íntegro y más hermoso, y se levanta enormemente sobre todo este conjunto de estériles complicaciones, de interiores ahumados, de figuras lacias, de sentimientos retorcidos y de psicologías pueriles, de que vive en gran parte la novela moderna. Yo confieso que en las novelas de Pereda, y sobre todo en ésta, que yo, apartándome de la opinión general, pongo sobre todas (exceptuando, por

de contado, los cuadros sueltos), llega á desagradarme lo que no es rústico y agreste, y me impaciento hasta que tornan los Niscos y Chiscones, por muy bien y discretamente que haga hablar el autor á personajes de condición superior y más altos propósitos. Y no es desventaja del autor, sino ventaja de los tipos. Que así como (según el profundísimo parecer de los filósofos escolásticos) las inteligencias superiores, conforme más altas están en la escala, comprenden por menor número de ideas, así en el arte es lo más bello lo menos complejo, y es lo más alto lo más próximo á la naturaleza simple y ruda.

¡Bendito sea, pues, este libro rústico y serrano, que viene cargado de perfumes agrestes, y no nos trae ni *problemas* ni *conflictos*, ni tendencias ni *sentidos*, ni otra cosa ninguna, sino lo que Dios puso en el mundo para alegrar los ojos de los mortales: agua y aire, hierba y luz, fuerza y vida! ¿Quién se acuerda de naturalismos, ni de *estéticas*, cuando lee la *deshoja*, ó cuando oye las quejas de Catalina á Nisco, ó cuando asiste con la imaginación al mercado de la villa?

Por eso yo no leí *El sabor de la tierra*, sino que le sentí, y por eso ahora no le juzgo, sino que traslado al papel la impresión de placidez y de bienestar que me causó, sin ponerle peros, porque á mi entender, no los tienen ni aquel paisaje ni aquellas gentes.

Reciente está el éxito ruidoso de *Pedro Sánchez*. Aun los críticos que no hace mucho tiempo hablaban de los verdores de Pereda, y como que se resistían á considerar sus obras perfectamente *maduras*, se han rendido ante *Pedro Sánchez*, encontrando para ella un caudal de elogios que ciertamente no habían desperdiciado al juzgar *Los hombres de pró* ó *El sabor de la tierra*. Confieso que la unánime y entusiasta aprobación, diré mejor, la alabanza sin restricciones que ha coronado á *Pedro Sánchez*, ha sido para mí como para su autor una verdadera, aunque agradable, sorpresa.

Era la primera vez que Pereda abandonaba aquel su «huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres,» como dijo de perlas Emilia Pardo Bazán. Temíamos el autor y yo que pareciese esta novela con-

junto de reminiscencias algo pálidas ó de adivinaciones remotas, y que la ausencia del modelo vivo le quitase frescura y animación. Temíamos que pareciese lenta y perezosa en los primeros capítulos, y un tanto atropellada hacia el final. Temíamos que, renunciando el pintor á casi todas sus ventajas indiscutibles, al paisaje, al diálogo, al provincialismo, á lo más enérgico y característico de su manera, renunciase por el mismo hecho á sus mayores triunfos. Temíamos que la forma autobiográfica y *subjetiva*, la forma de Memorias, perjudicase al fácil caudal de un ingenio tan exterior y tan objetivo, y tan poco amigo de reconditeces psicológicas. Temíamos que el mismo carácter del héroe, entidad algo pasiva, movida por las circunstancias, mucho más que movedora de ellas, comunicase cierta languidez al conjunto de la obra, impidiendo al lector interesarse sinceramente por el protagonista. Temíamos, finalmente, que el carácter en gran manera prosáico de las escenas políticas, que son la mayor parte del libro, hubiese influido en detrimento de su valor estético; y esto lo temía yo más que nadie, viendo correr con tibieza

y desaliento la pluma del autor, por las descripciones de un club ó de una redacción de periódico, como si la aquejase la nostalgia de sus montes y de sus marinas.

Y sin embargo, lo declaro ingenuamente, Pereda y yo nos hemos llevado en esta ocasión un solemnísimos chasco. *Pedro Sánchez* ha parecido, no ya á la masa de los lectores, sino á los críticos más agudos y perspicaces, la más novela entre las novelas de Pereda, la mejor compuesta y aderezada, la más grave y madura en el pensamiento, la más apasionada en los momentos de pasión. Todos han ensalzado unánimes la serena melancolía que el libro revela, la mirada firme y desengañada que el autor dirige sobre las cosas humanas, la amargura sin misantropía con que juzga nuestro estado social, y la verdad poética con que le enoblece.

Todo esto es verdad, y sin embargo, estimando á *Pedro Sánchez* más que nadie, no acabo de convencerme de que Pereda y yo nos equivocásemos tan de medio á medio; y sea montañesismo, sean recuerdos infantiles, vuelvo siempre con amor los ojos hacia el poeta de *La Robla* y de *La Leva*, y

por más esfuerzos que hago, no puedo simpatizar con *Matica* y sus amigos, ni con el señor de Valenzuela, como simpatizo con D. Silvestre Seturas ó con D. Robustiano Tres-Solares. *Pedro Sánchez* me parece mucho mejor novela que *El Buey suelto*, pero me quedo con *El sabor de la tierruca* y con *Don Gonzalo*.

Y por otra parte, esta opinion mía á nadie quiere imponerse. Yo en este caso soy, ante todo, montañés, y quizá me equivocaré y daré á Pereda un mal consejo, excitándole, por su gloria misma, á no salir de su *huerto* y á no hacer caso de los que encuentran limitados sus *horizontes*. Sin salir de ellos, ha encontrado la novela política en *Don Gonzalo* y en *Los hombres de pró*, la novela religiosa en *De tal palo...*, la novela ó más bien el poema idílico en *El sabor de la tierruca*, la novela social en *Blasones y talegas* y hasta la más conmovedora tragedia en *La Leva*. No hay pasión, no hay afecto, no hay interés, no hay problema, que no pueda traerse á la Montaña como á cualquiera otra región del mundo. Sólo que en Pereda parecerá todo mejor, si se viste y arrea con traje montañés. A mí me ha encantado más

que á nadie el éxito de *Pedro Sánchez*, pero con este encanto iba mezclado en cierta dosis el temor de una deserción. Me tacharán de crítico apocado; me dirán que esta es la novela más trascendental y más universal de Pereda, la más comprensible para todos, la más traducible... Todo esto es verdad; pero cada cual tiene sus manías: yo me vuelvo á *La Robla* y á *La Leva* y á *Suum cuique*.

Y consiste todo en que los críticos madrileños y yo juzgaremos siempre á Pereda desde puntos de vista muy distintos. Para ellos es un eminente novelista, á quien colocan entre Valera, Alarcón y Galdós, pero en suma, un novelista á quien tasan por su valor como tal, y cuyos triunfos literarios empiezan á contar desde *Don Gonzalo*. Para mí, Pereda es, antes que toda otra cosa, el compañero y el amigo de mi infancia, el Pereda de las *Escenas*, el que en 1864 imprimía en *La Abeja Montañesa* los diálogos del *Raquero*, el Pereda sin trascendentalismos, ni filosofías, ni políticas; pintor insuperable de las tejidas nieblas de nuestras costas; de la tormenta que se rompe en las *hoces*; del alborozo de los prados

después de la lluvia; de la vuelta de las *cabañas* desde los puertos; de la triste partida del mozo que va á Indias; de la entrada triunfal y ostentosa del *jándalo*; de la alegría del hogar en Noche-Buena, amenizada por el estudiante de Corbán; de los supersticiosos terrores, que vagan en torno de la pobre *Rámila*, y la traen á miserable muerte; de la salvaje independencia de los antiguos pobladores de la calle Alta y del Muelle de las Naos, últimos degenerados retoños de los que en la Edad-Media daban caza á los balleneros ingleses en los mares del Norte y ajustaban tratados de paz y de comercio con sus reyes; y finalmente, de la casa solariega próxima á desplomarse, y apuntalada, si acaso, por los dineros del indiano; y del concejo de la aldea donde á duras penas vegeta algún rastro de las antiguas costumbres municipales. Y para mí al nombre de Pereda van unidos inseparablemente, no Pedro Sánchez, en las barricadas ni en la oficina de un gobierno político, sino D. Silvestre Seturas, en su perpetua lucha con los curiales, heredada de tres generaciones; *Cafetera*, trincando la estopa y sosteniendo batalla campal con Pipa y los

de su cuadrilla, á la sombra veneranda del castillo de San Felipe; *Juan de la Llosa*, examinando gravemente la estampa de la *Leona* y de *La Gallarda*; *Tremontorio*, tejendo su red ó consolando á las mujeres en la *rampa* grande del Muelle; D. Recaredo, marcados pecho y espalda por la garra de los osos inmolados en sus cacerías... El otro Pereda será una de las esperanzas, ó mejor dicho, una de las realidades de la novela contemporánea española; tendrá algo de Balzac y algo de Dickens y algo de Topffer... Yo lo reconozco, y le admiro más que nadie, y me alegro que haya demostrado esta vez que sabe hacer una novela en todo el rigor de la frase; en suma, que puede hacer cuanto hacen otros. Pero, con todo eso, el Pereda de mi más íntima predilección y fervoroso cariño será siempre el Pereda que veranea en Polanco, y que en invierno habita en el muelle de Santander, un poco antes de llegar á la capitania de puerto, en el teatro mismo de las hazañas de *Cafetera* y de la lúgubre partida de *El Tuerto*, para morir en la fiera rompiente de las *Quebrantas*.

¿Se comprende ahora por qué al principio

he confesado mi incompetencia para juzgar á Pereda? Porque yo no admiro sólo en él lo que todo el mundo ve y admira: el extraordinario poder con que se asimila lo real y lo transforma; el buen sentido omnipotente y macizo; la maestría del diálogo, por ningún otro alcanzada después de Cervantes; el poder de arrancar tipos humanos de la gran cantera de la realidad; la frase viva, palpitante y densa; la singular energía y precisión en las descripciones; el color y el relieve, los músculos y la sangre; el profundo sentido de las más ocultas armonías de la naturaleza no reveladas al vulgo profano; la gravedad del magisterio moral; la vena cómica, tan nacional y tan inagotable, y por último, aquel torrente de lengua no aprendida en los libros, sino sorprendida y arrancada de labios de las gentes, lengua verdaderamente patricia y de legítimo solar y cepa castellana, que no es la lengua de segunda ó de tercera conquista, la lengua de Toledo ó de Sevilla, sino otra de más intacta prosapia todavía, dura unas veces como la indómita espalda de nuestros montes, y otras veces húmeda y *soledosa*; lengua que, educada en graves tristezas, con-

serva cierta amargura y austeridad aun en las burlas.

Por todo esto amo yo á Pereda; pero le amo además como escritor de raza, como el poeta más original que el Norte de España ha producido, y como uno de los vengadores de la gente cántabra, acusada hasta nuestros días de menos insigne en letras que en armas. Y esto parecerá algo pueril á los que no tienen patria ni hogar; pero como en este prólogo voy dejando hablar al corazón tanto ó más que á la cabeza, no quiero ocultar el íntimo regocijo con que oigo sonar, cercado de alabanzas, el nombre de Pereda unido al nombre de su tierra que es la mía. En otro tiempo, los montañeses, cuando queríamos presumir de abolen-go literario, teníamos que buscar entre las nieblas del siglo VIII el nombre de San Beato de Liébana, ó imaginarnos que el autor del *Conde Alarcos* era paisano nuestro, porque se llamaba Riaño; ó desenterrar del farrago del *Reloj de Príncipes* la fábula del Villano del Danubio, principal fundamento del renombre de nuestro invencionero Fray Antonio de Guevara; ó rebuscar en algún olvidado códice de la Academia de la His-

toria las fáciles quintillas con que Fr. Gonzalo de Arredondo celebró al conde Fernán González; y á duras penas podíamos ufanarnos, en tiempos menos remotos, con las gongorinas poesías líricas y las discretas comedias de D. Antonio de Mendoza (imitado alguna vez por Molière y por Lesage), ó con las novelas inglesas de Trueba y Cosío, mediano iniciador del romanticismo. Algo consolaba nuestra penuria la consideración de que «si no vencimos reyes moros, engendramos quien los venciese,» puesto que de nuestra sangre eran Lope y Quevedo.

Pero hoy ¡loado sea Dios! no tenemos ni que hacer sutiles razonamientos para apropiarnos lo que sólo á medias nos pertenece, ni que recoger las migajas de los autores de segundo orden, puesto que plugo á la Providencia concedernos simultáneamente dos ingenios peregrinos, bastante cualquiera de ellos para ilustrar una comarca menos reducida que la nuestra; montañeses ambos hasta los tuétanos, pero diversísimos entre sí, á tal punto que puede decirse que se completan. Y no creería yo cumplir con lo que pienso y con lo que siento, si no terminase este

prólogo estampando, al lado del nombre del gran pintor realista de las *Escenas monta-  
ñasas*, el nombre del pintor idealista, rico en ternuras y delicadezas, que ha envuelto aquel paisaje en un velo de suave y gentil poesía. Unidos quiero que queden en esta página el nombre de Pereda y el de *Juan García* (1), como unidos están en el recuerdo del montañésísimo crítico que esto escribe.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

(1) Amós Escalante, autor de *Costas y Montañas* y de *Ave Maris Stella*; dos libros que pasarán por clásicos cuando los españoles volvamos á aprender el castellano.



## ADVERTENCIA.

*La siguiente novela ha formado parte, hasta ahora, de un libro titulado BOCETOS AL TEMPLE. Personas cuyos dictámenes son leyes para mí, pretenden que LOS HOMBRES DE PRÓ deben establecerse de cuenta propia y correr solos las aventuras que les depare la suerte. Por eso aparecen aquí dando nombre á este primer tomo de mis **Obras completas**, en cuya impresión no se seguirá el mismo orden en que fueron saliendo á luz por vez primera, sino el más conveniente á mis propósitos, que en nada perjudican al escaso interés que puedan merecer al público mis libros.*

*Siguiendo los consejos de las mencionadas personas, no será la alteración hecha en los BOCETOS AL TEMPLE la única que se observe durante el curso de esta publicación. Parece ser que ha llegado la oportunidad (y no quiero desaprovecharla) de que se completen mutuamente algunos tomos de mis cuadros sueltos, adquiriendo, por ejemplo, el de ESCENAS MONTAÑESAS, lo que indebidamente posee el de*



ESBOZOS Y RASGUÑOS, y desprendiéndose, en cambio, de lo que, con muy justos títulos, le reclama este su hermano menor.

Ignoro si con todos estos cambalaches y trastrueques faltó á alguna ley que debe respetarse. Varios ejemplos, que recuerdo, me dicen que no; uno solo, pero de mucha calidad, afirma que ni las erratas de la primera edición de un libro deben desaparecer de las sucesivas, por respeto á los lectores que le poseen, ó le han adquirido, ó conocido con ellas.

Mientras se ventila esta cuestión de derecho y se llega á formar jurisprudencia sobre el caso, entiendo yo que no debe estar prohibido en la propiedad literaria lo que es lícito y hasta recomendable en las rústicas y urbanas. Ahora, si se me dice que eso de propiedad literaria es, en España, música celestial, porque los libros son aquí *primi capientis*, y todo el mundo, menos su autor, puede hacer de ellos mangas y capirotos... ya es otra cosa.

Por de pronto, y aceptando la responsabilidad que me alcance por el atrevimiento, á mi parecer me agarro... y lo dicho, dicho.

J. M. DE PEREDA.

## LOS HOMBRES DE PRÓ